

# LAS ALCOBAS CLANDESTINAS

Amantes y bastardos reales desde los Reyes Católicos  
a Juan Carlos I

Josep Carles Clemente

**Styria**

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2008, Josep Carles Clemente

© 2008, Styria de Ediciones y Publicaciones, S. L.

Tuset, 3 2º - 08006 Barcelona

[www.styria.es](http://www.styria.es)

Primera edición: abril de 2008

## LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

ISBN: 978-84-96626-73-7

Depósito Legal: B-18.098-2008

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Maquetación: Media Circus ([www.media-circus.com](http://www.media-circus.com))

Impreso y encuadernado por Cayfosa-Quebecor S.A.

*Impreso en España - Printed in Spain*

## Índice

1	Breve semblanza de unos antecedentes poco edificantes.....	11
2	Felipe II, rey prudente, rey incontinente.....	25
3	Felipe IV, el rey adicto al sexo.....	43
4	Luis de Borbón, el infante-cardenal, dimisionario por adicción al sexo .....	63
5	Luis I de España y María Isabel de Orleáns o el juego de las ambigüedades .....	79
6	Carlos IV, María Luisa de Parma y Manuel Godoy, la «Trinidad en la tierra» .....	93
7	Los excesos de Fernando VII .....	113
8	El matrimonio secreto de María Cristina de Borbón, la reina gobernadora .....	127
9	Isabel II, la reina infiel.....	141
10	¿Quién es el padre de Alfonso XII?.....	169
11	Las mujeres de Alfonso XII .....	205
12	Un juicio contra el rey.....	221
13	La agitada vida de Alfonso XIII.....	235
14	Los hijos de Alfonso XIII.....	261
15	Un bastardo cursi y pretencioso .....	309
16	Las mujeres de Juan Carlos I.....	329
17	María Luisa Sanz de Limantour, la tía bastarda de Juan Carlos I que podría reclamar la corona de España.....	375



A Juan Balansó, amigo y maestro *in memoriam*.



# 1

## Breve semblanza de unos antecedentes poco edificantes

Los titulares de la Monarquía española han tenido históricamente pocos escrúpulos en los llamados asuntos de faldas y en la producción de hijos a granel fuera del matrimonio oficial. Han desparramado bastardos y bastardas por todo el territorio nacional.

Sin ir más lejos, podemos poner como ejemplo a Enrique II de Castilla que contó con una larga lista de amantes, favoritas y barraganas.

Aunque estas favoritas no siempre fueron contraproductentes, hay que citar en esta línea a María de Molina, cuya boda con Sancho IV nunca fue reconocida por la Iglesia Católica, o a Leonor de Guzmán, María Padilla e Inés de Castro. Las dos últimas, no obstante, llegaron a ser reinas de Castilla y Portugal, respectivamente, aunque después de muertas.

Alfonso XI, conocido como el del Salado, reinó en Castilla a los catorce años. A los veinte ya era un reconocido vencedor de moros y cristianos rebeldes y marchó a Sevilla para conocer a Leonor de Guzmán, el gran amor de su vida. Estaba casado con María de Portugal y ésta no lograba darle un heredero. Así que se lió con la bella sevillana, hija del noble Pedro Núñez de Guzmán y de Beatriz Ponce de León. Estos amores duraron veinte años y de ellos nacieron once hijos, de los cuales siete alcanzaron la mayoría de edad, muriendo los demás.

El primer bastardo, Pedro, nació en 1331, pero moriría poco después. Un año más tarde nacería Fernando, su primer hijo con la reina. Y poco después tuvo otro, Sancho, hijo de Leonor.

En 1333 fallecería Fernando, su legítimo heredero, pero su amante Leonor de Guzmán le dio dos hijos gemelos, Fadrique y Enrique.

La reina contraataca y da a luz el 30 de agosto de 1334 a un hijo, Pedro, que juraría como heredero de Castilla.

Cuando Fadrique, uno de los gemelos de Leonor, a los siete años quiso su madre que el rey le nombrara Gran Maestre de Santiago, ante el escándalo de la Corte, éste se negó. Pero recompensó a su amante dándole a su hermano Alfonso Meléndez de Guzmán, el maestrazgo más codiciado del reino.

El escándalo de estas relaciones incestuosas del rey hizo intervenir al Papa Benito XIII, pero inútilmente. Incluso el rey de Portugal, Alfonso IV, protestó por la afrenta pública a que estaba sometida su hija la reina María, lo que en 1336 precipitó la guerra con el país lusitano, que concluiría en 1338 gracias a la mediación del Papa.

En 1349 el rey realizó el asalto a Gibraltar. Pero la peste diezmo al ejército castellano, cebándose en el propio rey que murió el 26 de marzo de 1350. Su hijo legítimo, Pedro, fue proclamado rey de Castilla y de León, Pedro I de Castilla, para unos «el Cruel» y para otros «el Justiciero», cuyo reinado duró diecinueve años.

## JUANA LA BELTRANJEA, HIJA ADULTERINA RELEGADA EN LA HISTORIA

El padre de la futura Isabel la Católica se había casado dos veces: de su primera esposa tuvo un hijo, Enrique IV, que heredaría el trono: de la segunda, dos, Alfonso e Isabel. La futura reina católica era por tanto, hermanastra del rey Enrique IV y en el orden sucesorio era la tercera. Por delante estaba su sobrina Juana y su hermano Alfonso.

La citada Juana era, según cronistas de la época, hija adulterina de la reina y del valido Beltrán de la Cueva. Por eso fue más conocida

como la Beltraneja. Por otro lado, la boda del rey con la madre de Juana no fue canónicamente válida, porque los contrayentes eran primos hermanos y no habían obtenido el obligatorio permiso papal. Las cosas así, el hermanastro del rey, el infante don Alfonso era automáticamente el heredero del trono, pero éste falleció víctima de la peste. De este modo, Isabel la Católica accedió al trono castellano.

El destino de la Beltraneja fue sellado en el tratado de Tercerías de Moura, según el cual debía de escoger entre profesar en un convento o casarse con el príncipe don Juan, hijo de Fernando e Isabel y heredero de Castilla, también de triste destino como veremos a continuación. A la sazón, don Juan sólo tenía un año y Juana diecisiete, escogiendo ingresar en las clarisas de Coimbra, donde falleció, prisionera de hecho, a la edad de sesenta años.

#### FERNANDO EL CATÓLICO, FALLECIDO POR ABUSO DE VIAGRA

Fernando el Católico, rey de Aragón (1479-1516), Sicilia (1468-1516), Nápoles (1504-1516), rey consorte de Castilla entre 1474 y 1504 y regente de la corona castellana entre 1507 y 1516 a consecuencia de la enfermedad de su hija Juana, tras el fallecimiento de su esposo, Felipe el Hermoso, está considerado como uno de los grandes monarcas que ha tenido la historia de España. La historia le ha ensalzado como estadista y como rey y la mayoría de los historiadores coinciden en señalar su prudencia y sensatez, la clarividencia de sus ideas políticas —muy por encima de las de sus contemporáneos—, la grandeza de sus consejos en política exterior que supo dar a su esposa, la reina Isabel de Castilla, y la certeza de su política matrimonial que logró expandir la influencia de la corona española.

Tal vez por todo ello, la historia ha silenciado sus hazañas en el campo sexual, que fueron muchas y con diversas mujeres de diferente ralea. Los adulterios de Fernando el Católico, sin embargo, no vieron mermado su prestigio precisamente porque el hombre de Estado ha estado siempre por encima del hombre carnal. De Fernando, de quién

se dice «estuvo dotado desde su nacimiento de admirable vigor corporal», escribe el cronista Abarca: «Podemos decir en alabanza del juicio y corazón de don Fernando que estos pecados, más de hombre que de rey, que tanto suele turbar la serenidad de los reyes y la paz pública de los palacios y los reinos, estuvieron tan lejos de causar embarazos y ruidos en el gobierno, que ni aquellas mujeres fueran hoy conocidas, sino por sus hijos; ni éstos ni aquellas pudieron alterar a la república. Y, en fin, que en todas aquellas culpas, don Fernando pareció dos personas distintas; una el hombre joven que pecaba; y otra, el rey anciano, que proveía».

A lo largo de su matrimonio la relación entre Isabel y Fernando estuvo marcada por las discusiones debido a las infidelidades del monarca. Fernando era un hombre de figura atractiva, de mediana estatura, miembros bien proporcionados, genio alegre, ojos graves, simpático y afable, sutil en sus formas tan propias de un buen diplomático. No es extraño que el rey, repleto de atractivos personales, despertara los amores de más de una mujer del reino. Isabel aguantaba carros y carretas consciente de cómo era el temperamento inquieto de su marido y, pese a los celos que le embargaban, sentía por él un amor profundo e intenso. A diferencia de Fernando, Isabel supo guardar siempre fidelidad a su marido y la compostura cuando él no estaba presente. Cuentan las crónicas que en una fiesta en Alcalá, estando ausente el monarca, le correspondió a la reina inaugurar un baile. Para no «hacerlo con caballero alguno, en tributo a la ausencia de su marido» descendió del sitio donde se hallaba y ofreció su brazo a doña Leonor de Luján, con la que bailó el baile.

Durante los primeros años de su matrimonio, mientras Fernando se encontraba en Aragón para luchar contra las tropas rebeldes que se habían levantado contra su padre, Juan II el Grande, le acompañaba en el campamento vestida de hombre doña Aldonza Roig de Ibarra, más tarde vizcondesa de Ebol, una joven catalana natural de Cervera, con la que tuvo dos hijos, don Alonso de Aragón, que años más tarde sería arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón tras la muerte de su

padre, y doña Juana de Aragón, que se convertirá en la segunda esposa del conde de Haro y condestable de Castilla, Bernardino Fernández de Velasco. Ambos tendrán en 1508 una hija, Juliana Angélica, protegida por un Consejo Tutorial y que casará en 1512 con su primo carnal, hijo de Íñigo I, el hermano sucesor de Bernardino.

«Como en muchos casos parecidos, él no puso más que pasión juvenil y abierta ansia de sexo. Ella, por motivos que debían ser variados, hizo una entrega de mayor enjundia, que se manifestó cuando, al cabo de los correspondientes meses, le anunció jubilosa el nacimiento de un Alonso, fruto de aquellos breves encuentros. Conocida la noticia y en tono especialmente sobrio, el recién casado le ordenó que se trasladase con el niño a Zaragoza, donde ambos serían tratados en la forma debida. Fernando comunicó a su padre el rey la noticia de este nacimiento pero —lo que parece muy lógico— a su flamante esposa no le comentó nada. Aunque el asunto no iba a quedar ahí y, en el verano de 1474, Fernando reconocía a Alonso como bastardo suyo, lo que le permitía portar el nombre de Alonso de Aragón. La reina de Castilla se enteró entonces de todo pero, siguiendo su costumbre, decidió sufrir en silencio y entregarse a sus consoladores rezos. Con todo, algunos testimonios existen de una breve conversación habida entre los dos esposos en los salones del alcázar segoviano, con griterío e incluso alguna bofetada, para terminar en cálidos sollozos adecuadamente sofocados.

Mientras, Isabel cumplía adecuadamente con todos sus deberes. Enamorada de su esposo, ofrecía la imagen que de ella se esperaba, como escribía un untuoso cronista: «Fue muy buena casada, celosa de su casa [...], dio de sí muy buen ejemplo [...], que durante el tiempo de matrimonio y reinar, nunca hubo en su corte otros privados en quienes pusiese el amor, sino ella del Rey y el Rey de ella...»<sup>1</sup>.

Isabel, resignada a los amores de Fernando, se preocupó de la crianza de sus vástagos «demostrando que ni siquiera sus posibles torturas íntimas anulaban su sentido de la dignidad que la monarquía representaba, cuando alguien la criticó suavemente por el hecho de que se

preocupase por la crianza y educación de este pequeño Alonso, ella afirmó, altanera: «Es hijo de mi augusto esposo y, por consiguiente, debe ser educado conforme a tan noble origen...» De nuevo iban a ser las tierras de la Cataluña interior, en este caso las de Tárrega, escenario de otro breve episodio erótico del rey que tendría sus consecuencias. Él volvía pletórico después de haber obtenido en la batalla de Perpiñán el dominio de la Cerdaña y el Rosellón, que la Corona catalana-aragonesa consideraba propios. Fue bajo aquella euforia y de regreso a casa, en el invierno de 1472-1473, cuando se relacionó con Joana Nicolau, hija de un modesto oficial viudo. Parece que solamente se acordó de aquel momento cuando fue informado del nacimiento de una niña, bautizada con el nombre de Juana. Lo que sí se sabe es que Isabel, debidamente informada por fieles servidores, supo mantener ante la noticia su ya conocida entereza, pero se llegó a afirmar también que impuso la bien conocida venganza femenina de negarse a cumplir físicamente con su marido hasta que debió considerar pagado el pecado»<sup>2</sup>.

Los amores de Fernando poblaban el territorio nacional aunque no con todas, por fortuna para España, tuvo hijos bastardos. Siendo príncipe, a los cinco años de su unión con Isabel, se encontraba Fernando visitando Bilbao. Allí quedó prendado de una joven del lugar, Toda de Larrea, con la que tuvo un tórrido encuentro del que nacería una niña, María de Aragón. Como la discreción no era el fuerte de esta dama vasca, orgullosa por llevar en su seno un hijo del futuro rey de las Españas, la Toda escribió una coplilla que fue la comidilla de los lugareños:

*Por mi gran ventura  
hame un gran señor;  
Rey es de Castilla  
y eslo de Aragón.*

La niña fue conocida popularmente como *La Excelenta* debido al alto linaje de su padre, al haber estado concebida por el más podero-

so de los monarcas de la época. De ella Francisco Navarro Villoslada, el más prolífico de los escritores románticos de novela histórica, escribió la inconclusa *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelente*, en el que se describe los intentos de la Corte para que la joven abandonase la soltería contrayendo matrimonio o ingresando en un convento. El fin último era que la reina Isabel pudiera hacerse cargo de la educación de la niña y jurar los fueros de Bilbao sin tener que hacer frente a las habladurías por la bastardía de su marido. El mismo Navarro Villoslada escribió el libreto de la zarzuela *La dama del rey*. También en el siglo XIX Gertrudis Gómez de Avellaneda, la célebre escritora hispano-cubana, trazó un esbozo de ella en *La bella Toda y los doce jabalíes. Dos tradiciones de la Plaza del Mercado de Bilbao*. Lo cierto es que María de Aragón fue encerrada en un convento en Madrigal, de donde llegaría a ser abadesa.

También de María de Aragón recibió de nombre una hija de Fernando habida de los amores con una dama portuguesa apellidada Pereira, cuyo destino fue también la reclusión en el mismo convento de Madrigal donde se encontraba su hermanastra. El rey mantuvo una relación con ella durante las frecuentes visitas que realizaba a Extremadura y de las que la reina estuvo permanentemente informada.

Los sufrimientos de Isabel fueron constantes hasta su muerte. Su hija Juana, que también sufrió de celos por el comportamiento sexualmente desenfrenado de su esposo, Felipe el Hermoso, que hacía honor al apodo, escribió el 3 de mayo de 1505 a monsieur de Veyre, un flamenco al servicio de su marido: «mas la Reyna, mi Señora, a quien Dios dé gloria, que fue tan excelente y escogida persona en el mundo, fue asimismo celosa».

Los celos de la reina provocaron intensas discusiones a lo largo de su matrimonio y por el escrito de doña Juana se supone que Isabel le recriminó esas infidelidades en presencia de sus propios hijos. Con el fin de limitar el contacto de Fernando con otras damas de la corte que pusieran en peligro la estabilidad de su matrimonio y, por ende, la fortaleza del reino, Isabel ordenó que cualquier mujer que osara a

mirar a su marido de manera lasciva o provocadora fuese echada de palacio. Nadie osó, entonces, a contravenir aquella orden.

Por su personalidad y por su vida privada, Isabel la Católica fue mujer antes que Reina, y aplicó el sentido de la feminidad, la intuición, el cariño y el interés a todas sus empresas. Fue una gobernante enérgica, una madre amorosa y mujer en exceso religiosa.

Las decisiones que tomó respecto a su marido las adoptó porque le amaba. Lucio Marino, continuador de la crónica de Pulgar, señaló que «amaba apasionadamente al Rey, hasta el punto de que los celos la tenían atenta y al acecho de cualquier insidia e infidelidad que pudiera producirse en su casa o en la corte para alejarla con prudencia y reserva». Pero pese a las infidelidades de Fernando existió entre ellos una profunda unión. Isabel y Fernando «fueron rey y reina juntos... y aunque en cuerpos dos, en voluntad y unión eran uno solo». Isabel, sin embargo, tuvo que solicitar de su confesor, fray Hernando de Talavera, que pusiera en vereda a su marido y este recordó a Fernando que debía «ser mucho más entero en el amor y acatamiento que a la excelente y muy digna compañera es debido».

Tras la muerte de Isabel y el acceso al trono de Juana y Felipe el Hermoso, con el fin de asegurar su posición política, Fernando contrajo matrimonio con Germana de Foix, una joven francesa «de edad florida» —unos dieciocho años de edad— que desde el comienzo de su reinado con Fernando mostró un vivo interés por tener hijos. Una arpía, porque ya se sabe aquel dicho tan popular de «reina preñada, reina acatada». La edad de Fernando, cincuenta y dos años muy desgatados por la vida militar, política y disoluta que había llevado el monarca, hizo que la nueva consorte no pudiera quedarse embarazada pese a las interminables sesiones de sexo que ambos llevaban en las alcobas de palacio. Si no era por métodos naturales, pensó Germana, habría que buscar la solución para satisfacer sus deseos de «tener generación». Así que Germana y Fernando iniciaron una vida sexual que contravenía los cánones habituales entre la realeza de la época. Para satisfacer sexualmente a su esposa y darle el hijo

que heredase los territorios de la corona de Aragón, Fernando el Católico inició un tratamiento con cantárida, un insecto que contiene una sustancia responsable de una vasodilatación similar a la que produce la viagra. Al rey le hicieron ver que medicándose con aquel potaje «se empreñaría luego».

«Pero he aquí que el potente afrodisíaco que doña Germana le suministró a don Fernando tuvo el efecto contrario al esperado y puso al rey a las puertas de la muerte, hasta el punto de que tuvo que guardar cama durante tres meses. Según refiere el cronista Zurita, el rey enfermó en Medina del Campo, a los pocos días de llegar a Carrioncillo, donde «después de holgar» con ella, la reina le hizo administrar, por medio de doña Isabel de Velasco, «un feo potaje».

En la actualidad se cree que, a tenor de los graves efectos que produjo «este feo potaje», las turmas de toro tuvieron que ser mezcladas con un preparado de cantáridas, filtro amoroso de gran nocividad. La cantaridita es una sustancia cáustica, potencialmente peligrosa, que se logra después de pulverizar y secar las alas de la cantárida, escarabajo originario del sur de Europa. La cantaridita tomada por vía interna provoca irritaciones en los genitales y riñones, y en ocasiones produce heces sanguinolientas. Teóricamente, es la irritación de los genitales lo que hace aumentar los deseos sexuales, aunque la cantaridita es imprevisible y a veces no provoca estimulaciones positivas. Hoy en día se sabe que una sobredosis de cantaridita puede ocasionar la muerte. Por lo tanto, una dosis inadecuada de esta sustancia sería la causa de los graves desarreglos físicos y morales sufridos por Fernando el Católico a partir de marzo de 1513.

Lo cierto es que el rey apenas si pudo reponerse de este episodio, porque desde entonces y hasta su muerte, acaecida dos años más tarde «nunca tornó a su primer ser... aborreciendo las ciudades y lugares, haciéndose amigo de andar solitario por los campos en cazas, y muy enemigo de negocios, de los que era muy dado». Como vemos, el quebranto originado por el afrodisíaco en la salud de don Fernando fue de proporciones considerables»<sup>3</sup>.

## JUAN DE ARAGÓN Y CASTILLA, MUERTO POR EXCESO DE CÓPULA

El 30 de junio de 1478 nació en el alcázar sevillano el primer hijo varón de los Reyes Católicos. Recibió por nombre Juan, en honor a los abuelos maternos, Juan II de Aragón, padre de Fernando, y Juan II de Castilla, progenitor de la reina Isabel. El regocijo fue tan desbordante en el reino que el cronista Pulgar escribió que «se hicieron grandes alegrías en todas las villas de los Reynos de Castilla et de Aragón e de todos los otros señoríos del Rey et de la Reyna, porque plugo a Dios darles heredero varón en ellos».

Cuando un eclipse de sol<sup>4</sup> se cernió sobre la península entre el nacimiento y el bautizo del príncipe y la misa de purificación de la madre, los más agoreros auguraron que la vida de don Juan y, por ende, de la Monarquía estaría marcada por el infortunio, como así acontecería a lo largo de los años siguientes.

La esperanza que los Reyes Católicos tenían en su hijo como heredero venía de la necesidad de cohesionar los múltiples territorios que estaban bajo su manto, reinos tan dispares como Castilla, Aragón, León, Sicilia, Toledo, Valencia, Galicia, Sevilla, Cerdeña, Mallorca, Córdoba, Murcia, Jaén, el Algarbe, Algeciras, Gibraltar, Rosellón, Cerdeña, Vizcaya o Molina. Todos ellos con sus propias cortes, leyes, lenguas y costumbres.

Isabel y Fernando fueron, durante los primeros años de su matrimonio, unos reyes transumantes. Iban de un lugar a otro de sus reinos con una corte ambulante formada por sus cinco hijos —Juan, Isabel, Juana, María y Catalina—, las damas de la reina, los consejeros del rey, los miembros del gobierno y el resto del séquito real.

En 1480, al cumplir los dos años, el príncipe Juan juró como sucesor de los reinos de Castilla y León, propiedad de su madre, en las Cortes de Toledo. Un año más tarde, se convirtió en príncipe de Gerona tras jurar en las Cortes de Aragón convocadas en Calatayud, Barcelona y Valencia que le daba derecho a heredar los territorios que pertenecían a su padre.